

Convergencias, divergencias y tareas en torno a la sociedad civil *

Eloy Patricio Mealla

El uso abundante, difuso y hasta contradictorio del vocablo 'sociedad civil' es una de las características sobresalientes del discurso sociopolítico de la década de los noventa. Es utilizado prácticamente por todo el arco ideológico, institucional y también en ámbitos más cotidianos. Más allá de una simple expresión terminológica, parece indicar todo un giro conceptual y práctico acerca de las cuestiones sociales. Por eso, parece conveniente indagar acerca de su contenido. No lo haremos aquí de un modo exhaustivo ni en su genealogía teórica sino de un modo situado en nuestro espacio y tiempo concretos. A continuación, abordaremos otros fenómenos como las Organizaciones No Gubernamentales y el últimamente muy publicitado Tercer Sector que aparecen con frecuencia estrechamente ligados, confundándose o equiparándose a la sociedad civil. Finalmente aludiremos a los planteos y tareas que al respecto se ofrecen a la reflexión y a la práctica eclesial.

* Este artículo forma parte de, Argentina, alternativas ante la globalización, Scannone, J.C., García Delgado, D. y otros, Ed. San Pablo, Bs.As., 1999.

1. Fuentes principales del discurso acerca de la sociedad civil

‘Sociedad civil’ no es una expresión unívoca ni goza de total consenso¹. En el ámbito latinoamericano ha venido teniendo un uso explosivo a partir de la vuelta a la democracia, pero también ha acompañado el vocabulario de la ofensiva neoliberal a lo largo de los años noventa. En realidad, el concepto de sociedad civil no es por cierto ningún neologismo y posee una larga y compleja significación. Aquí fundamentalmente nos referiremos a algunas de las fuentes que más inciden en forma concreta en la marcha de lo que podemos llamar el movimiento de algunas organizaciones sociales y comunitarias.

Una de las vertientes, que desde hace ya unos cuantos años contribuyó a la difusión y al prestigio del discurso actual sobre la ‘sociedad civil’, se origina en el éxito de los diversos movimientos de resistencia originados en Europa del Este contra los aparatos estatales prosoviéticos y de corte totalitario. Los héroes más conocidos de dichas organizaciones son el polaco Lech Walesa, líder de la organización sindical Solidaridad y luego presidente de su nación; el escritor ruso Alexandr Soljenitsin y el checo Vaclav Havel, que también fue presidente de su país. Ellos son los representantes más famosos de pequeños grupos que con gran coraje comenzaron, tras el fracaso de la rebelión de Praga contra Moscú en 1968, una notable ofensiva contra los grandes aparatos políticos que los sojuzgaban. Los disidentes que fueron progresivamente en aumento luchaban contra una simbiosis completa entre el Estado y el resto de la sociedad. A ese espacio de vida independiente y autónoma precisamente se lo denomina "sociedad civil"²

Ahora bien, si nos remitimos a los orígenes un poco más lejanos de ‘sociedad civil’, ésta expresión, por ejemplo, en boca de pensadores del siglo XVII como Locke, significaba algo bastante diferente. ‘Sociedad civil’ era lo opuesto a ‘estado natural’ o salvaje. O sea, aquella situación en que los hombres estaban librados a sus instintos e intereses particulares, antes de su participación en la sociedad política. ‘Sociedad civil’ en ese contexto es sinónimo de Estado. Se trataba, es cierto, del Estado burgués que necesitaba constituirse ante el absolutismo y los resabios del feudalismo anárquico. En el mismo sentido fue usada la expresión por teólogos y eclesiásticos para diferenciar las esferas civil y religiosa, y sus respectivos poderes.

Actualmente, con el resurgimiento del liberalismo, se puede decir que la afirmación de la ‘sociedad civil’ ha adquirido una interpretación muy especial. Se la presenta -al menos en ciertos sectores- con un acento muy anti-estatalista, bastante

1 Son varios los autores que piensan así, por ejemplo, Salamon, Lester y Anheier, Helmut, "En busca del sector no lucrativo I: la cuestión de las definiciones", en El desafío del tercer sector, número especial de Umbral XXI, Universidad Iberoamericana, México, marzo 1995; Bombarolo, Félix, "Desarrollo, ¿hacia un nuevo modelo?", en Enoikos, n°9, Buenos Aires, diciembre 1995. Para una consideración a nivel de teoría política ver a Bobio, Norberto Estado, gobierno y sociedad, especialmente el cap. II, "La sociedad civil", FCE, México, 1994.

2 Bahmueller, Charles, "El papel de la sociedad civil en la promoción y conservación de la democracia liberal constitucional", (mimeo), s.f.

cercano a un estado de supuesta "naturaleza pura" sin mediaciones que interfieran en el libre juego de los intereses particulares, significado prácticamente opuesto al que acuñaron los pensadores modernos recién señalados. En definitiva, esta particular versión de la sociedad civil lleva a la proclamación de un Estado mínimo y a la exaltación de una amplia libertad, sobre todo para la economía.

He aquí, por lo tanto, la ambivalencia con la cual se usa éste término. Por un lado, la sociedad civil es entendida como la preeminencia de las personas y de las organizaciones de la comunidad que nunca pueden terminar siendo absorbidas por el Estado por más necesario que éste fuera. Por otro lado, una segunda interpretación, motorizada especialmente por el pensamiento neoliberal actual, encubre, tras la fachada de la `sociedad civil', una visión minimalista del Estado y de sus funciones para regular al conjunto de la sociedad.

Podemos decir que en gran medida en la Argentina, la `sociedad civil' renace, una vez eclipsado el poder de la facción militar, cuando es recuperada la democracia en 1983. Pese a todos los obstáculos, debilidades y contradicciones, este fenómeno se ha consolidado hasta el día de hoy -en un lapso inusualmente prolongado- funcionando con sus más y sus menos las instituciones constitucionales.

No obstante, a lo largo de los noventa una inesperada e irrestricta asunción del modelo neoliberal, ha venido proclamando, en base a una machacona propaganda de estilo fundamentalista, que la `sociedad civil' -para ser tal- debe de algún modo desembarazarse del Estado que trabaría su dinamismo, especialmente el de su dimensión económica. La consigna sería sociedad civil fuerte, Estado mínimo y un Mercado determinante y omnipresente.

Así entendida la `sociedad civil', se presupone, implícitamente o no, una gran desconfianza, por ejemplo, hacia los partidos políticos y hacia los sindicatos que serían -según esta concepción- expresiones anacrónicas y meros nidos de corrupción. El descrédito de políticos y sindicalistas -lamentablemente confirmado por innumerables casos- deja, sin embargo, el camino allanado a la voracidad e inescrupulosidad no menor de los poderes económicos. Si bien la crítica a las ideologías totalizadoras, que pretendían explicar y conseguirlo todo, es beneficiosa, el cuestionamiento y desinterés por las mediaciones políticas, como si fueran innecesarias, es una ingenuidad que abre paso a una dictadura mayor como es la tecnocracia supuestamente neutral y a los intereses económicos más poderosos que precisamente exigen la eliminación de trabas de cualquier tipo.

2. Las ONGs expresión limitada de la sociedad civil ³

La sigla "ONG" comenzó a ser usada, luego de la Segunda Guerra Mundial, en los ambientes y en los documentos de las instituciones internacionales para designar a aquellos 'Organismos No Gubernamentales' que empezaron a participar en sus reuniones en calidad de miembros invitados o como expertos o consultores, pese a no representar a ningún Estado. De ahí, su designación negativa. Los ejemplos más conocidos de estas organizaciones son, entre otras, la CRUZ ROJA, CARITAS INTERNACIONAL, etc.

Algunos consideran que esta denominación, dado su cariz precisamente negativo, no es la más feliz y prefieren hablar de organizaciones sociales u organizaciones de la comunidad. Habitualmente desde el punto de vista jurídico comprenden básicamente a las asociaciones civiles y a las fundaciones. No obstante, hay muchas organizaciones que tienen una constitución más informal y pasajera. Además hoy día la mayoría no actúa en ámbitos macro-sociales sino más bien que su desempeño es el de lo cotidiano y lo local. Ahora bien, más allá de las nomenclaturas, las organizaciones sociales de la comunidad en Argentina tienen en realidad una larga historia⁴.

Por otro lado, en las últimas décadas, el Estado moderno -que en su evolución llegó a convertirse en Estado Benefactor omnipresente- al entrar en crisis y no satisfacer los nuevos problemas sociales empieza a dejar muchos lugares vacíos o a provocar un auto-retiro estratégico, al compás de las políticas de ajuste. Esos lugares vacíos o no cubiertos comienzan a ser el campo propicio de las ONGs.

De este modo, las ONGs han venido adquiriendo un protagonismo muy fuerte. En efecto, el ascenso actual tiene que ver con una nueva visibilidad y por estar vinculadas a "nuevas necesidades" y a "nuevos escenarios". En este aspecto el creciente aumento de las ONGs está relacionado con lo que se denomina los "nuevos movimientos sociales"⁵ que en gran medida han ido muchas veces ganando

3 Para tener una idea acerca de los tipos y volúmen de las ONGs en la Argentina: Directorio de ONGs de Promoción y Desarrollo de Argentina, GADIS, Buenos Aires 1994; Filmus, Daniel (coord), El perfil de las ONGs en Argentina, FLACSO/Banco Mundial, 1997; CENOC, Hacia la constitución del Tercer Sector en la Argentina, Secretaría de Desarrollo Social, Buenos Aires 1997; Consejo Asesor de la Sociedad Civil, Conjuntos, Sociedad Civil en Argentina, BID, Buenos Aires, 1998; CENOC, Socialmente comprometidos. Guía Nacional de Organizaciones de la Comunidad, Buenos Aires, 1998.

4 En el caso de nuestro país, ver: Passanante, María Inés, Pobreza y Acción Social en la Historia Argentina. De la Beneficencia a la Seguridad Social, Ed. Humanitas, Buenos Aires, 1987; Thompson, Andrés "Beneficencia, Filantropía y Justicia Social. El "tercer sector en la Argentina", en Thompson, A. (comp), Público y Privado, UNICEF/LOSADA, Bs.As. 1995.

5 Alain Tourain es el principal teorizador de éste fenómeno contemporáneo, entre su abundante bibliografía al respecto ver, por ejemplo, Los movimientos sociales, Ed. Almagesto, Bs.As., 1991; para una perspectiva argentina y más política García Delgado, Daniel, "De la movilización de masas a los nuevos movimientos sociales", Fundación Generación 2000-FLACSO Argentina, Bs.As., 1994.

protagonismo respecto a las organizaciones sociales tradicionales y a los partidos políticos, en cuanto han logrado poner de manifiesto un dinamismo especial en liderar las grandes causas humanas de nuestros días: derechos humanos, medio ambiente, pobreza, mujer, minorías, la educación popular, etc,... Además de tener distintos objetivos temáticos, las ONGs se diferencian entre sí por otros motivos. Uno de ellos es si los destinatarios de sus actividades son miembros o no de la organización. En ese caso se las suele llamar Organizaciones de Base. También están las Organizaciones No Gubernamentales de Desarrollo (ONGD), sobre las cuales nos extenderemos después.

Ahora bien, teniendo en cuenta algunas concepciones de la sociedad civil ya apuntadas, es llamativo la alta valoración que hoy se tiene de las ONGs, particularmente en los últimos años⁶. No siempre fue así. Durante los años en que gobernaban las cúpulas militares, las organizaciones sociales y comunitarias eran miradas con recelo y hasta perseguidas, porque en general portaban ideales emancipatorios, la lucha por los derechos humanos y la denuncia de la injusticia y de la pobreza. Paradójicamente, hoy abundan programas para fortalecerlas desde quienes fueron sus tradicionales adversarios como el Banco Mundial⁷. Efectivamente, el BM y otras instituciones similares a finales de los ochenta cambiaron sus apreciaciones sobre las ONGs y de enemigas pasaron a ser consideradas como aliadas. La ocasión era propicia pues las tradicionales fuentes de financiación de las ONGs se volcaron hacia otras prioridades: África, el Este europeo, los refugiados. Además, en Latinoamérica, países como la Argentina empiezan a no calificar para recibir ayuda dado sus supuestos y promisorios índices macroeconómicos.

A su vez, esta estrategia es muy seriamente criticada por otras corrientes de pensamiento que consideran que, frente a los desequilibrios sociales, el objetivo real del BM es "desmovilizar" la oposición a sus políticas. Esas políticas son precisamente las que han generado situaciones de pobreza y desigualdad crecientes⁸.

Del mismo modo, un capítulo de esa política serían los programas de cooperación con los países periféricos que llevan adelante las instituciones multilaterales y que se articulan en gran medida a través de las ONGs. En los últimos años esta relación se ha reforzado notablemente tanto cuantitativa como cualitativamente. La financiación de las ONGs por parte del BM perseguirían la "desmovilización de los sectores populares" y algunas consecuencias serían: el aliento de la mendicidad de ayuda en lugar de reivindicar derechos, la sustitución de espacios de organización política, la privatización de servicios liquidando servicios públicos reemplazados por la "caridad" de las ONGs, legitimación social de la "inevitabilidad" del ajuste.

6 Acerca de una exagerada capacidad de las ONGs, Mallimaci, Fortunato, "Políticas sociales: hacia una nueva relación entre Estado y Sociedad Civil", en Dialógica, CEIL, nº1, Buenos Aires, 1996.

7 El giro del Banco Mundial por ejemplo está reflejado en documentos como "Cooperation between the World Bank and the NGOs", 1994; a su vez el BID tiene desde ese mismo año un programa destinado al "Fortalecimiento de la Sociedad Civil".

En muchos casos son los mismos gobiernos nacionales quienes convocan a las ONGs y se excusan de realizar su tareas esenciales, so pretexto de que dichas organizaciones son más eficientes y económicas. Esto ha generado muchas críticas hacia esta "tercerización" de la acción social del Estado, que al introducir organizaciones intermediarias aumenta el gasto social -dicen los comentaristas más acérrimos- pero no el beneficio de los destinatarios. De este modo, algunas ONGs son acusadas -muchas veces con razón- de hacerse cómplices complacientes de políticas sociales restrictivas, convirtiéndose en meros suplentes o limitándose a tapar los agujeros de un tejido social que se desgarrar.

Si bien existen bastantes ONGs muy críticas respecto a las políticas sociales actuales, también es verdad que otras muchas -con tal de conseguir un subsidio, o una ayuda empresaria- hacen una total prescindencia del contexto, de las intenciones de los donantes y del origen de esos fondos que podrían ser los responsables de los problemas que se pretenden solucionar. Por caso patético, sirva como ejemplo la denuncia de hace unos años que indicaba que varias organizaciones humanitarias y pacifistas de Europa recibían ayudas de fabricantes de armas⁹.

Es difícil no dejarse arrastrar por un discurso avasallante y seductor que hace que muchas ONGs, apremiadas por atender a sus objetivos, acepten sin criticidad alguna -máxime cuando aparecen múltiples programas de financiación- un rol de reparar y subsanar los efectos indeseados de las políticas económicas, pero no se las consulta para su diseño ni para discutir sus presupuestos ideológicos. Se les adjudica las "zonas blandas" -al decir de Daniel García Delgado- del marco económico-social pero se las excluye del núcleo duro de las decisiones políticas estructurales y verdaderamente determinantes¹⁰.

Recientemente, el obispo de Resistencia, Carmelo Giaquinta se mostraba sorprendido ante el Estado -hasta ayer el gran benefactor- que hoy se confiesa incapaz de hacer efectiva la ayuda a los más pobres y pide la colaboración de las ONGs y en especial de los organismos de la Iglesia como Cáritas. Considera que este mecanismo es muy discutible, especialmente en cuanto conduzca a que el Estado se desentienda unilateralmente de las obligaciones jurídicas y económicas que tiene y las descargue sobre las ONGs pero no les dé el marco jurídico y los recursos necesarios. Advierte además sobre una situación enojosa en la que las ONGs se transformen en reparticiones "sui generis" del Estado, dependiendo de éste en cuanto a los servicios a cumplir, pero no en cuanto al diseño de los programas ni de las obligaciones correspondientes y teniendo que actuar a propio riesgo¹¹. Además, en medio de esta polémica creciente acerca de la misión y el desempeño de las ONGs,

9 La Nación, Bs.As., 14 abril 1997, p.21.

10 García Delgado, Daniel "La emergencia de la sociedad civil: entre el fortalecimiento y la fragmentación"(mimeo), ponencia presentada en el Seminario "Elaboración de un análisis de Escenarios y Estrategias de ONGs de Argentina", El Pueblito, Córdoba, 1997.

11 Giaquinta, Carmelo, "¿Acción social del Estado a través de la Iglesia", AICA-DOC n°472, Buenos Aires, 30 diciembre 1998.

ha irrumpido un nuevo actor que se denomina el “Tercer Sector”. Veámoslo un poco más en detalle.

3. La irrupción del Tercer Sector ¹²

Recordamos que no estamos discutiendo aquí conceptos o doctrinas solamente en abstracto. En un nivel mucho más modesto y acotado estamos aludiendo fundamentalmente a situaciones de hecho. En ese sentido, a nuestro entender la corriente del Tercer Sector es un modo de expresar la versión liberal de la sociedad civil. Así como la sociedad civil es un ámbito más amplio que las ONGs, del mismo modo las organizaciones sociales constituyen un entramado mucho más extenso y variado que el Tercer Sector. En ese sentido, la concepción del Tercer Sector es un reduccionismo que piensa la estructuración del cuerpo social en tres sectores: Mercado, Estado y Sociedad Civil. Esta última precisamente, según esta nueva ingeniería social, pasa a denominarse Tercer Sector. A los tres sectores se los presenta ingenuamente como si fueran tres dimensiones equiparables, de igual poder y representación.

Se olvida que no son tres sectores en igualdad de condiciones. Más bien, habría que hablar de un Estado mínimo en retroceso, de una Sociedad Civil supuestamente en proceso de consolidación y de un Mercado ciertamente como variable dinámica y pujante. Nos parece una conceptualización muy estrecha, pues la sociedad actual posindustrial parece ser mucho más compleja que este esquematismo tripartito. Incluso hasta popes del management como Henry Mintzberg -de la misma talla que Peter Drucker- ya han puesto en duda la pertinencia de dicha concepción de la sociedad. Se señala, por ejemplo, que el movimiento cooperativista, al menos tal cual se desenvuelve en Estados Unidos, no encajaría en ese esquema¹³. Se constata al mismo tiempo la insuficiencia del Tercer Sector para incorporar a los partidos políticos, los sindicatos, el mundo de la cultura y el arte, los grupos religiosos y otros fenómenos asociativos.

La corriente del Tercer Sector manifiesta una actitud muy colonizante hacia el resto de las organizaciones sociales, autoadjudicándose el liderazgo al respecto. Es indiscutible su gran visibilidad y despliegue publicitario, percibido incluso por quienes no están demasiado familiarizados con la problemática. Su cercanía ideológica y funcional con el empresariado le ha merecido apoyo y rápida legitimación.

El Tercer Sector -también llamado "sector independiente"- ha tenido una explosiva difusión entre nosotros especialmente a partir de la consolidación del modelo liberal, privatizador, que se ha consolidado como "pensamiento único" a lo

12 Es difícil encontrar quién acuña estrictamente esta expresión. Un intento en Pazos, Norberto "Aproximaciones conceptuales", en El Tercer Sector, una cuestión de debate, número especial de Revista Colección y Servicio Unión, Facultad de Ciencias Políticas, UCA, Buenos Aires 1999. Permítasenos indicar que no hay que confundir Tercer Sector con "tercerización" que es la delegación de funciones y tareas en terceros, ni con "terciarización" que es la tendencia al crecimiento de los servicios que se diferencian de las actividades primarias preferentemente agrícola-ganaderas-extractivas y de las actividades secundarias o industriales.

13 Mintzberg, Henry, "El Capitalismo necesita del equilibrio", en Agenda 2000, pp.36-44.

largo de los años noventa y ha atravesado todas las esferas y discursos, también el de las organizaciones comunitarias y ONGs. El Tercer Sector prescinde de cualquier análisis crítico del contexto macro en que se mueven las organizaciones, lo da por aceptado y definitivamente consolidado. Las organizaciones tienen que concentrarse en su propia reingeniería captando las técnicas de gerenciamiento que hacen que las empresas comerciales sean exitosas y competitivas. El norteamericano Peter Drucker es el maestro mayor de esta concepción que impulsa el traslado de todo el instrumental de marketing y planeamiento gerencial a las organizaciones comunitarias y sociales que podrán así alcanzar mejor sus objetivos de un modo exitoso y eficiente. Más allá de la valorización que se haga de esas metodologías hay que subrayar que la incorporación del instrumental del mundo del mercado empresario, como cualquier otra, no admite una traspolación mecánica y menos cuando se lo hace sin acompañarla de un discernimiento del contexto político y económico general, y menos aún sin un contacto directo y con la participación activa de los sectores populares y más pobres. De lo contrario, se corre el serio riesgo de que las organizaciones no gubernamentales pasen a ser meras ejecutoras de políticas públicas sin independencia crítica ante los intereses del mercado, perdiendo un ideario de justicia y aceptando una cierta naturalización de la pobreza. El Tercer Sector en Argentina no es un fenómeno aislado sino que es parte de una corriente continental con epicentro ideológico en Estados Unidos, con mucho menos soporte europeo¹⁴.

Planteadas así las cosas, el Tercer Sector cuando se lo examina de cerca no pasa de ser en realidad un neofilantropismo muy asistencial, una beneficencia remozada, muy asociado a campañas de recaudación de fondos que encuentran en la pretendida construcción de imagen de las empresas y en la figuración social algunos aliados importantes. Los necesitados pasan a ser clientes y muchas ONGs son o terminan siendo consultoras encubiertas que postulan en las licitaciones de los programas sociales oficiales. El caso de Chile es paradigmático de dicho deslizamiento. Teniendo probablemente algunas de la ONGs más dinámicas y vigorosas de la región, ha experimentado al mismo tiempo últimamente un fuerte proceso de "consultorización" de sus organizaciones¹⁵.

Por otro lado, la expresión "tercer sector" no es del todo adecuada, en cuanto, temporal y cualitativamente, dichas organizaciones son anteriores a la constitución de los Estados y a las empresas privadas. En todo caso, las organizaciones de la comunidad son el verdadero primer sector. En un lenguaje más tradicional se suele hablar también -en la doctrina social de la Iglesia especialmente- de las "sociedades intermedias", o sea, asociaciones ni puramente estatales ni puramente privadas, y que median entre el Estado y el individuo.

Ahora bien, todas las consideraciones francamente negativas señaladas hacia

14 Ya se han realizado cuatro encuentros iberoamericanos del Tercer Sector, el último se denominó Hacia un nuevo contrato social para el siglo XXI y tuvo lugar en Buenos Aires en 1998. Se pueden consultar la Memoria y las Reflexiones Finales a cargo de Inés González Bombal y Pedro Krotsch.

15 Cancino, Bernardita y Vergara Darío, eds., La Asociación de los Privados. Organismo privados de Desarrollo, Ed. Sur, Santiago de Chile, 1996.

las ONGs en el apartado anterior y los fuertes reparos que acabamos de señalar al Tercer Sector, requieren no obstante alguna matización. Si no establecemos alguna diferenciación se corre el riesgo de una generalización excesivamente descalificante y muy injusta sobre los objetivos y el papel desempeñados por las ONGs. Sería olvidar o desconocer que el mundo de las ONGs no es homogéneo ni pacífico. O sea, no todas las ONGs son iguales y hay también interpretaciones contrapuestas, propias y ajenas, acerca de su misión. Es muy de miopes adjudicarles, por ejemplo, un papel uniformemente colaboracionista con las políticas del BM o de acusarlas de caer en el puro clientelismo con los gobiernos de turno. No siempre es ni fue así. En la década de los sesenta, cuando empieza a generarse un cierto crecimiento y visibilidad de este tipo de organizaciones, más bien su estilo y objetivos fueron contestatarios. Fueron una de las plataformas más vigorosas en las luchas sociales, especialmente en el campo de los derechos humanos, de la educación popular y de la promoción humana. Eran vistas con mucho recelo y en muchísimos casos perseguidos sus integrantes. La financiación la lograban desde las iglesias, fundaciones y otras fuentes privadas, básicamente europeas.

Más allá de estas críticas y sinceramientos que hay que hacer, no cabe duda que las diversas formas del asociacionismo social (asociaciones civiles, fundaciones, mutuales, cooperativas) son sumamente provechosas para la salud general del cuerpo social. En efecto, tales organizaciones generan, cuando están bien orientadas, un ambiente de libertad y responsabilidad social que hacen surgir iniciativas y respuestas nuevas. Tales asociaciones no son sólo reivindicativas sino que impulsan modelos alternativos de desarrollo, especialmente en el campo educativo y entre la población más necesitada¹⁶.

Por lo tanto, un rechazo en bloque de las ONGs no sería justo ni conveniente porque a la larga esto también beneficiaría la indicada "desmovilización". Hay que reconocer que para recomponer las fuerzas sociales, las ONGs -o como se las quiere llamar- pueden constituir un aporte beneficioso en cuanto se revaliden como núcleos cohesionados que inmersos en las necesidades cotidianas de la población y desde una perspectiva local contribuyan a recomponer las prácticas desgastadas de estructuras más grandes -partidos políticos, sindicatos, movimientos sociales- que vieron retroceder su vigencia ante la caducidad de los paradigmas que los sustentaban. Ciertos polos de actuación y decisión más alejados de la política del BM -las organizaciones vinculadas al desarrollo humano y sustentable, el mundo de la cultura y el pensamiento, las iglesias, ¿la comunidad europea?- son parte de alguna manera de ese conjunto de instituciones no domesticadas que pueden alentar y determinar una concepción del desarrollo más plural y equitativo.

A nuestro parecer las ONGs son una expresión genuina de la sociedad civil pero de ninguna manera la representan totalmente ni de la mejor manera. Son necesarias, pero no suficientes. En general, si bien pueden ser eficientes y transparentes tienen una visión parcial y limitada del conjunto de las necesidades y respuestas que se puedan ensayar. Hay que fortalecerlas pero no hasta el punto de convertirlas en cómplices complacientes, ahogando los objetivos críticos e

16 Ver al respecto, Mealla, Eloy, "Las ONGs y la educación", en *Novedades Educativas* n° 82, Buenos Aires, octubre 1997; "Desarrollo en Justicia y Paz. El caso de Fundapaz", CIAS n°477, octubre 1988.

innovadores que les dieron origen.

Estas y otras observaciones nos hacen concluir que las ONGs si quieren realmente contribuir a una sociedad civil mejor, deben reafirmar especialmente sus vínculos de servicio con los sectores populares y menos favorecidos para que ellos mismos sean los promotores de su propio desarrollo. Al mismo tiempo, más que ejecutores de políticas sociales diseñadas muchas veces desde los mismos organismos que aplican economías de asfixia y sometimiento, deberían retomar con vigor la implementación de alternativas transformadoras en la producción, en la educación y en el afianzamiento de la cultura y de las identidades en general.

La sociedad civil aparecerá entonces como un ámbito autónomo e independiente, propiciando mecanismos de libertad, pero no para facilitar los requerimientos abusivos de los poderes económicos, ni para reemplazar al Estado sino para nutrirlo al igual que a otros espacios de la convivencia humana.

4. Las Organizaciones no Gubernamentales de Desarrollo (ONGD) ¹⁷

Tal cual ya vimos, las organizaciones agrupadas en torno al concepto del Tercer Sector son en gran medida las herederas de las antiguas asociaciones de beneficencia de corte más tradicional y asistencial, vinculadas a problemas de "origen natural" como enfermedades, catástrofes, etc. Las ONGD tiene más bien su razón de ser en querer superar el asistencialismo buscando las causas de la pobreza e instaurar programas de promoción humana y desarrollo.

Sin pretender ir demasiado lejos, podemos decir que en América Latina a mediados de la década del '60 el gran modelo de la acción social estaba marcado por el desarrollismo. En general, la práctica de las organizaciones estaba caracterizada por una descontextualización muy grande. Se buscaba mejorar las condiciones de vida de las comunidades pero sin plantearse muy a fondo las causas de su pobreza o subdesarrollo.

Años más tarde, la siguiente tendencia dominante, que influyó también mucho en la marcha en las actividades de las organizaciones latinoamericanas, fue la teoría de la integración/marginalidad. Esta interpretación se resume en el esfuerzo de incorporar a las masas pobres a los parámetros de los grupos hegemónicos dominantes.

En discrepancia con los modelos anteriores y sus combinaciones, muchas organizaciones intentan un enfoque menos economicista priorizando el valor de la concientización mediante la educación popular para generar la liberación de las condiciones estructurales de dependencia. Corrían los años setenta y fue una época de mucha lucha y violencia.

Ya en la década del ochenta, signada por la recuperación de la democracia en varios países de la región, muchas organizaciones, adelantándose y con más vigor que los partidos políticos tradicionales, abogaron por la vigencia de los derechos humanos y la participación ciudadana.

Actualmente, no habría un paradigma o modelo interpretador que sobresalga, a menos que adhiramos sin pestañear al modelo neoliberal imperante. Más bien se observan en una sociedad globalizada diferencias difíciles de ocultar y situaciones de exclusión que plantean fuertes desafíos. Ante estos cambios de gran envergadura, varias Organizaciones No Gubernamentales vinculadas al desarrollo se han venido planteando cuestiones no sólo de enfoque o de metodología, sino también acerca de su identidad y misión. Nos referimos en particular a un grupo de instituciones, en términos generales de inspiración cristiana y que gozan en nuestro país de una reconocida trayectoria¹⁸.

17 Ver al respecto, Mealla, Eloy, "Las ONGs y la educación", en *Novedades Educativas* n° 82, Buenos Aires, octubre 1997; "Desarrollo en Justicia y Paz. El caso de Fundapaz", CIAS n°477, octubre 1988.

18 Tal el caso de más de una veintena de organizaciones que, lideradas por INCUPO, MADRE TIERRA, SEHAS, IERP y FUNDAPAZ, han venido realizando diversos encuentros y seminarios,

A estas reflexiones no son ajenas las agencias u organismos donantes como MISEREOR de la Iglesia Católica, y Pan para el Mundo y EZE de la Iglesia Evangélica; todas de Alemania. Por ambas partes -organizaciones locales y agencias donantes- fue surgiendo entonces la necesidad de mejorar el diálogo y la cooperación para el desarrollo. Una propuesta inicial de las agencias, para enfrentar dicha problemática, fue iniciar una reflexión sobre el tema Evaluación, buscando asimismo mejorar las prácticas en la ejecución de los proyectos y en las relaciones de cooperación. Poco después se advirtió que enfocar el tema sólo desde la evaluación, no era suficiente. La tarea del desarrollo se podría potenciar, si los distintos actores diseñaran estrategias a partir de diagnósticos sistemáticos de situación que les permitieran planificar sus acciones a largo plazo, monitorearlas continuamente y evaluarlas mejor. Inmediatamente se percibió que no bastaba el mejoramiento de las técnicas de planificación, monitoreo y evaluación -elementos instrumentales-, sino que había que revisar los conceptos fundamentales a partir de los cuales se realizaban las acciones. Otro aprendizaje incorporado fue que hay que superar el inmediatismo y el corto plazo, dirigiendo la mirada hacia el mediano y largo plazo realizando una planificación estratégica, para lo cual el análisis prospectivo de escenarios es fundamental.

También se vio con más claridad que los diversos actores en una relación de cooperación deben esforzarse para acordar enfoques comunes en función de una misma causa. Consecuentemente ninguna de las partes puede imponer a la otra sus criterios sino que la cooperación se teje y se consolida a través del diálogo. Un diálogo que tienda a mejorar las prácticas, respetando iniciativas y propuestas surgidas de las experiencias y riquezas locales. El objetivo general del mismo consiste en fortalecer las relaciones entre las agencias de cooperación y las ONGs contrapartes de Argentina a fin de elaborar nuevas estrategias para el desarrollo, ante la pobreza creciente, los cambios en el rol del Estado y la disminución de los recursos. Todo esto dentro de un contexto de articulación con los otros países del Cono Sur.

En este corto tramo, se ha logrado una articulación novedosa reuniendo a un conjunto de instituciones diversas en cuanto a itinerarios, objetivos temáticos y localización geográfica, en la cual participan las agencias de cooperación, no como meros donantes, sino involucrándose en las respuestas a dar en la hora actual. De esta manera, las estrategias propuestas alcanzaron un nivel inicial de generalización que necesitan ahora traducirse en acciones y programas concretos. Uno de ellos es revertir la imagen de un país como Argentina cuyos índices macroeconómicos no traducen bien la inequidad en la distribución de la riqueza y ocultan la pobreza que persiste especialmente en algunas provincias. El diálogo pretende expandirse y alcanzar a otros actores - otras ONG, organizaciones comunitarias, grupo del Tercer Sector, Iglesias, agencias de cooperación, empresas, Estado- en que se debata el modelo de desarrollo y de cooperación imperantes.

arribando a conclusiones y propuestas recogidas en "Análisis de los escenarios, Misión y Estrategias de las ONGs en Argentina: Propuestas y desafíos ante un nuevo modelo de cooperación para el desarrollo" (mimeo), 1999. También ver, Cooperación y promoción para el desarrollo. Reflexiones desde la situación en Argentina, Iniciativa Cono Sur-Misereor, 1997.

5. Iglesia y sociedad civil

En este apartado incursionaremos en la relación entre sociedad civil -teniendo en cuenta su complejidad y polisemia al comienzo indicadas- y la comunidad cristiana, en particular la Iglesia Católica. La relación del cristianismo con el resto de la sociedad tiene una larga historia. De grupo escindido del judaísmo y perseguido por los romanos llegó a ser la religión oficial de su imperio. Tiempo después, San Agustín elaboró una doctrina de las dos ciudades; una, la ciudad de Dios (la Iglesia), que luego se la interpretó muchas veces como separada y en pugna con la ciudad de los hombres. Posteriormente se elaboró una doctrina de la Iglesia como "sociedad perfecta". También hubo tendencias hacia modelos teocráticos -la religión imponiéndose al resto de la sociedad- o, por el contrario, intentos de absorber a la Iglesia como una repartición del Estado, el ejemplo más conocido de esto último tuvo lugar en Francia y es conocido precisamente con el nombre de galicanismo.

Más recientemente, en los últimos dos siglos, el liberalismo intentó arrinconar a la religión a la intimidad de lo privado, toleraba un cristianismo de sacristía; por su parte, el comunismo soviético persiguió frontalmente todo atisbo religioso. Esta historia difícil -llena de luces y sombras, aprendizajes y fracasos- llevó a la Iglesia a reflexionar sobre sí misma y sobre su relación con el resto de la sociedad alcanzando un momento de madurez que se expresó en el Concilio Vaticano II. Allí se reconoce la autonomía de las realidades humanas y sociales. La Iglesia se entiende a sí misma como servidora y peregrina en medio de los gozos y las angustias de los hombres, que ella también experimenta. La Iglesia adopta a partir de entonces un estilo que no consiste en imponerse autoritariamente, pero tampoco en segregarse. Es un nuevo estilo que se manifiesta especialmente por la colaboración y la autonomía.

Por otro lado, la fe religiosa tiene algo específico, irrenunciable. Por eso entre los principales derechos del hombre está -el Concilio recuerda- el de la libertad religiosa. En este clima de pluralismo y de reconocimiento de las leyes propias y genuinas de la sociedad civil -el fenómeno llamado de secularización- hay que plantearse y revisar hoy el lugar de la Iglesia. El Islam, en gran medida, y en parte ciertas corrientes del judaísmo, parecen incapaces de distinguir entre la esfera política, racial, social y religiosa. Permanecen en el integrista, así llamado por no admitir esas realidades que, aunque no son antagónicas, sí requieren ser distinguidas entre sí.

Por lo tanto, si la fe cristiana, o cualquier otra religión, no se identifican con un determinado Estado, deberían adoptar consecuentemente un modo cada vez más explícito de actuación desde la comunidad y no desde el Estado, manteniendo siempre su libertad e independencia¹⁹. En Argentina, hay últimamente algunas señales más claras en ese sentido. Así parece indicarlo -por ejemplo- que la propia Iglesia ha tomado la iniciativa de considerar seriamente su autosostenimiento

19 Un caso, podemos decir en cierto sentido, en contra e impensado se dió en Florencio Varela, provincia de Buenos Aires, cuando desde la diócesis de Quilmes se asumió la conducción de la Subsecretaría de Promoción Social de la Municipallidad local que abrió una polémica en la cual ahora no podemos entrar. Ver Criterio nº2128, Buenos Aires, 10 de marzo de 1994.

económico, prescindiendo de los aportes -dicho sea de paso muy exiguos- del Estado.

Insistir en que la Iglesia se ubique en el seno de la sociedad es tal vez, en vísperas de iniciar el tercer milenio del cristianismo, el modo más ajustado, de acuerdo con las exigencias de los tiempos actuales, de hacer realidad la imagen evangélica de ser fermento y granos de sal en la masa para que ésta crezca y tenga sabor.

6. El caso de CARITAS

CARITAS es un caso emblemático de la relación de la Iglesia con la sociedad civil en cuestiones sociales. No por que creamos que necesariamente pase o deba pasar por ella el grueso de la acción social de la Iglesia sino porque de hecho es la institución eclesial más reconocible en la opinión pública cumpliendo ese rol. En efecto, CARITAS, según los informes de encuestas y sondeos de opinión y en diversos eventos o congresos sobre cuestiones sociales, goza en general de una alta estima de la sociedad. Ahora bien, cuando decimos CARITAS, en realidad, decimos muchas cosas.

CARITAS básicamente se autodefine como la acción caritativa oficial de la Iglesia Católica y como tal depende directamente de la jerarquía. Estructurada a nivel diocesano y parroquial, estatutariamente su presidente es el obispo y el párroco respectivamente, que a su vez nombran un director y otros colaboradores según los casos. Existe también una Comisión Nacional, presidida por un obispo por un plazo determinado. A este nivel supradiocesano -en el complejo y contrabalanceado andamiaje eclesial- más que una estructura de gobierno es un organismo de apoyo y coordinación al servicio de las comunidades diocesanas que siguen manteniendo su autonomía y sus propias líneas de acción. En este nivel, abundan una gran disparidad de mentalidades, criterios y cursos de acción.

CARITAS -al igual que la Acción Católica, por ejemplo- es parte de un tipo de organizaciones eclesiales que quedaron bastante relegados después del Concilio Vaticano II. Por esa época, surgieron otros planteos y organismos menos verticalistas y más dinámicos. En muchos países la denominada Pastoral Social o las Comisiones Justicia y Paz tomaron la delantera y eclipsaron o reemplazaron a CARITAS.

Estas nuevas instituciones provocaron en muchos lugares una renovada conciencia cristiana mucho más crítica, incluyendo una búsqueda de las causas económicas y políticas de los problemas sociales. CARITAS quedó así demasiado asociada con el asistencialismo. Por otro lado, habitualmente CARITAS se caracteriza por la ausencia de cuadros jóvenes y masculinos. Si bien suele declarar muchos voluntarios, CARITAS no se ha distinguido mucho en saber incorporar y complementar sus actividades con el trabajo de técnicos y profesionales que proporcionen más eficiencia y estabilidad a sus programas. La falta de recursos es una excusa muy débil cuando probablemente una mayor profesionalización redundaría en un uso y obtención mejor de los recursos.

No obstante, CARITAS -dada su numerosa base parroquial y barrial- posee una capilaridad y llegada a los más pobres que ninguna otra organización social tiene en una magnitud tan grande. También en las grandes catástrofes, como en el caso de las inundaciones, CARITAS ha sabido liderar el socorro a los damnificados. Tal es el caso de la *Campaña Reconstruir con Esperanza* en que de un modo ecuménico y en conjunto con otras iglesias cristianas e instituciones no confesionales, está desarrollando silenciosamente un esfuerzo notable de rehabilitación de las zonas afectadas.

Lamentablemente, el uso cotidiano del vocablo y la práctica de la caridad (cáritas, amor) están degradados y desprestigiados, caricaturizados. "Hacer algo por caridad" ha quedado reducido a dar una limosna de lo sobrante, a compasión sensiblera, a sacarse de encima al pordiosero que molesta. Es urgente una catequesis renovada de la caridad. Este reduccionismo ha venido siendo combatido ya desde mitad del siglo XIX con el surgimiento del "catolicismo social" que, junto con el rechazo del liberalismo económico, luchaba en nombre de la justicia por la creación de una legislación adecuada en las cuestiones sociales. Esta corriente se basaba en aquello de que "no hagamos por caridad lo que corresponde en realidad por estricta justicia". La caridad tiene como piso anterior estructuras y comportamientos justos de la sociedad. También sabemos que la justicia no basta y la persona que sufre necesita atención con amor. En ese sentido, la caridad es un plus indispensable. La asistencia inmediata será siempre ineludible, pero no necesariamente tendrá que caerse en el asistencialismo que es el modo encapsulado, no sistémico, de socorrer las carencias humanas.

CARITAS, en cuanto institución específica, es conveniente que se especialice en la atención a las necesidades primarias, pero no de un modo dissociado de la promoción humana y de propuestas más emancipatorias. No basta con dar auxilios al necesitado, hay que hacerlo participar de su propia superación, fortalecer su identidad, ampliar sus derechos. Todo esto significa una complementariedad y articulación con otras organizaciones e instancias que conectan con esferas más amplias.

Otra dimensión -en la cual hay indicios promisorios en la que CARITAS desea incursionar, aunque todavía muy débilmente- es incorporar las herramientas de planificación y de gestión. Además de la credibilidad pública hay que revalidar ese prestigio desde la sencillez y denuncia evangélica, pero incorporando los mejores instrumentos que brinden eficiencia al servicio que se ofrece a los más pobres.

Para ello es urgente la formación de recursos humanos, voluntarios y profesionales, compenetrados de una fundamentación integral del desarrollo humano, con una competencia ética y en las ciencias sociales, capaces de ofrecer auxilio inmediato y al mismo tiempo preparados para intervenir en el debate de las políticas públicas y en el diseño de los programas sociales. Aquí CARITAS tiene una oportunidad y una tarea única -dada su trayectoria, magnitud y credibilidad- de incidir en la actual evolución de las organizaciones sociales. Hay demasiados cantos de sirena que las tienden a domesticar para convertirlas en meras ejecutoras de paliativos ante la ola de ajustes o en pantallas para campañas de imagen y figuración en una suerte de marketing neofilantrópico.

CARITAS por el contrario, con otras instituciones afines, puede generar una voz y una acción distintas sobre los modelos de desarrollo socioeconómico, las respuestas ante las nuevas pobrezas y el cambio cultural, el papel de las ONGs ante Estado y el resto de la comunidad.

Las precedentes consideraciones las decimos especialmente pensando en CARITAS en cuanto institución especializada. Hay otra dimensión insustituible que no

olvidamos que es más espontánea y no tan estructurada que puede darse en CARITAS o por fuera de ella, que refiere a la acción directa de personas o grupos desplegando pequeñas gestos concretos de ayuda, cercanía, gratuidad y ternura con los que más sufren.

7. Algunas tareas a tener en cuenta

La llamada “emergencia de la sociedad civil”, con las convergencias, divergencias y algunos de los diversos actores, que hemos indicado, ofrece una tarea muy apropiada a la Pastoral Social en diálogo e interacción con las ciencias sociales y con las múltiples organizaciones sociales. Al mismo tiempo, nos preguntamos si la compleja noción de ‘sociedad civil’ que ha puesto en jaque a la de ‘pueblo’ - inmediatamente afín al vocabulario bíblico, cristiano y de las naciones latinoamericanas- ha quedado superado o es un eclipse pasajero. ¿La desaparición o el pudor generalizado acerca del concepto de pueblo salpica o modifica al de Pueblo de Dios? Habrá también que preguntarse en qué medida la teología actual está tematizando suficientemente su relación con la sociedad civil. Si entrar ahora en cuestiones más sustanciales, algunas preguntas concretas serían: ¿la comunidad cristiana es una comunidad más entre las demás?, ¿se ha asimilado en forma teórica y práctica las consecuencias de una sana secularización?, ¿cabe en el Tercer Sector?, ¿la Iglesia es una ONG?²⁰.

Desde otro punto de vista, ya a un nivel más circunstancial pero no carente de importancia, aparecen otras tareas y preguntas a la reflexión cristiana. Por ejemplo, ¿qué podemos decir acerca del fenómeno del MERCOSUR? ¿Todavía lo percibimos como algo lejano con un tinte unilateralmente economicista y oportunista? La tradición eclesial latinoamericana tiene una gran experiencia y siempre ha abogado por los procesos de integración, por lo tanto es mucho lo que puede aportar a los procesos de regionalización, enriqueciéndolos y evitando a su vez la anulación de las identidades y necesidades locales. Lo mismo podríamos decir respecto a procesos de integración mayores como la globalización. La trayectoria bimilenaria de la Iglesia que es simultáneamente -no sin conflictos ni tensiones- comunidad universal y particular, le permite al respecto ser “experta en humanidad”.

Un siguiente eje de oportunidades que se le brindan a la Pastoral Social rondan en torno a la formación para la promoción humana y para la gestión de organizaciones e instituciones que la lleven adelante. No nos referimos a cursos aislados de Doctrina Social, en general esencialistas y con formato de manual. No nos convence el fácil expediente que esgrime que la Iglesia proclama principios pero no se abaja a desarrollar propuestas de implementación. La experiencia dice más bien lo contrario. El P. Lebrét, por ejemplo, protagonizó la redacción de la *Populorum Progressio* no sólo en base a deducciones morales sino a partir de sus trabajos en base a una “dinámica concreta del desarrollo”.

Es sorprendente que en Argentina -no así en los países vecinos- no contemos con ninguna institución especializada de inspiración cristiana con una visión interdisciplinaria que sea como una usina de pensamiento y de iniciativas para despertar y realimentar a personas y organizaciones involucradas en programas de

²⁰ Hasta el momento en los documentos oficiales de los organismos eclesiales hay pocas referencias y reflexiones sobre este tipo de organizaciones. Una breve alusión se puede ver en: *El hambre en el mundo. Un reto para todos: el desarrollo solidario*, n°51, Consejo Pontificio COR UNUM, 1996

lucha contra la pobreza y que trabajan por un desarrollo humano e integral. Es un vacío que inexplicablemente las Universidades Católicas no cubren. Peor aún, muchas carreras, especialmente en el área de las ciencias económicas y sociales, cuyos egresados son conocidos por su reconocido conservadurismo o, en otros casos, muy asimilables al *stablishment* gerencial y empresarial. No hay una propuesta educativa original ni de excelencia sino tan sólo un ámbito de vinculación social. Ultimamente ni siquiera esta oferta está llegando a los sectores más pudientes que están emigrando a las nuevas Universidades privadas de última generación, muy selectivas por el alto costo de sus matrículas y por sus convenios internacionales especialmente con universidades norteamericanas que se constituyen en su paradigma simbólico e ideológico. Así se está formando una buena parte de la futura *intelligentzia* argentina, no sólo en el campo de la economía sino también en la temática que nos ocupa. Ya hay carreras de posgrado, cursos de fundaciones y consultoras que captaron la potencialidad económica del Tercer Sector y les brindan un pensamiento acrítico e instrumental, aparentemente neutro y eficiente.

La ausencia de un espacio propio, generador y multiplicador de una acción social transformadora afortunadamente no ha sido la experiencia habitual de la comunidad cristiana latinoamericana. Por el contrario, en las múltiples reseñas del más diverso origen no deja de indicarse el papel propulsor de la Iglesia Católica, especialmente después de Medellín y de la publicación de la *Populorum Progressio*²¹. En efecto, la inspiración cristiana más o menos explícita ha estado presente en el nacimiento y crecimiento de numerosas ONGs guiadas por valores de solidaridad y justicia, que despliegan programas de lucha contra la pobreza, de educación popular y por un desarrollo más humano.

Pensando en lo que significativamente se repite como los desafíos del nuevo siglo, hay uno que se hace patente en relación con lo que venimos diciendo. Empieza a notarse una nueva generación a la cual, por ejemplo, Medellín y hasta Puebla -nos referimos a acontecimientos fundantes y no sólo a documentos- le suena a algo ya distante. Han pasado muchas cosas en estas tres últimas décadas²². Además las organizaciones ya no cuentan con un clima tan favorable para incorporar los necesarios recambios de personal imbuidos de una militancia y de un espíritu común que le dé sostenibilidad ética y coherencia ideológica a sus propuestas.

La Iglesia, especialmente a través de sus organismos más especializados, puede -dada su visión más amplia y sus posibilidades más autónomas de actuación- brindar a las diversas organizaciones sociales y comunitarias un marco valorativo y un medido componente utópico. Recordemos que desde los años ochenta, si bien se pudo recuperar la democracia y hubo una notable multiplicación de organizaciones no

21 Por ejemplo, Guarino, Pablo, "Los dilemas de las ONGs en América Latina" , en *Construyendo nuestra agenda común*, 1º Encuentro Latino-Americano de Associações Nacionais de ONGs, Sao Paulo, 1995.

22 Mealla, Eloy, "Treinta años de desarrollo", *Revista del CIAS*, Buenos Aires nº466, setiembre 1997. Un caso ejemplar en el país ha sido la Escuela de Servicio Social de la diócesis de Morón, que ha formado muchas camadas de Trabajadores Sociales. Una experiencia que lamentablemente no se ha potenciado ni diseminado más.

gubernamentales, también se produjo el agravamiento de la pobreza debido en gran medida a la hiperinflación, el aumento de la deuda externa, el comienzo de las severas políticas de ajuste para remediar los agujeros fiscales y la reducción de la ayuda exterior, que provocaron que muchas de esas organizaciones desaparecieran o tuvieran que redefinir seriamente su rol para poder adecuarse a los nuevos escenarios. En ese sentido, -como ya indicamos- se hace difícil hoy a ese tipo de instituciones mantener su identidad, su autonomía y su preocupación por la equidad en los medios populares, cuando hasta los mismos organismos que lideran un modelo económico con tantos efectos socialmente excluyentes, ofrecen líneas de fortalecimientos a las ONGs, poniéndolas en la tentación de ser meras ejecutoras pasivas de políticas públicas, cómplices de la deserción del Estado y servir de malla de contención en los momentos de apuro.

Asimismo, teniendo en cuenta las particulares circunstancias sociales y culturales que ofrece el último tramo de la modernidad y los desafíos y expectativas que generan la inauguración de un nuevo milenio, se hace perentorio, por estas y otras razones, establecer un ámbito sistemático de estudio, de diálogo y de lanzamiento de iniciativas, que propongan vías de interpretación y cursos de acción ante las nuevas coordenadas en que estamos inmersos. Es decir, alentar la reflexión y favorecer el análisis y la discusión sobre propuestas y alternativas que hagan más viable especialmente a los sectores populares y más pobres de nuestra sociedad un desarrollo más equitativo e inclusivo. Algunos de los grandes temas a debatir y sobre los cuales actuar podrían ser: el desarrollo humano y sustentable; el Estado en un mundo globalizado y su articulación con las organizaciones sociales; el ámbito local, de receptor a generador de desarrollo; el cambio cultural, los nuevos pobres en la posmodernidad; la producción del capital social, el rol de la Iglesia; el futuro de las organizaciones de desarrollo. La Pastoral Social tiene una posicionamiento prácticamente inmejorable: mientras atiende al clamor de lo inmediato, que la previene de ensoñaciones, está en condiciones de apostar a otros caminos posibles.●